



Gabriela Mistral

PASIÓN DE
LEER Y CONTAR

GABRIELA MISTRAL
Pasión de leer y contar

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
División de Educación General
Coordinación Escuela

SELECCIÓN Y EDICIÓN
Josefina Muñoz Valenzuela

COORDINACIÓN EDITORIAL
Claudio Muñoz Pirce

DISEÑO
Departamento Diseño Mineduc

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
Ximena Zepeda Harasic

IMPRESIÓN
Maval Ltda.

Santiago, Chile

AÑO 2015

Este material cuenta con la autorización de la Orden Franciscana de Chile.
Texto producido y distribuido gratuitamente por el Ministerio de Educación.

Gabriela Mistral

PASIÓN DE
LEER Y CONTAR





CONTAR

Selección

Poco toman en cuenta en las Normales para la valorización de un maestro, poco se la estiman si la tiene y menos se la exigen si le falta esta virtud del buen contar que es cosa mayorazga en la escuela. (...)

Sin embargo, contar es la mitad de las lecciones: contar es medio horario y medio manejo de los niños, cuando, como en adagio, contar es encantar, con lo cual entra en la magia.

La zoología es un buen contar de la criatura-león, de la criatura-ave y de la criatura-serpiente, hasta que ellas, una por una, caminen, vuelen o trepen delante de los ojos del niño, gesticulen y se le metan en el alma (...).

La botánica no es menos contar que la zoología, al revés de lo que algunos creen. Se cuenta con la misma arquitectura bella de relato, la cosecha y la elaboración del lino; se cuentan muchos árboles americanos prodigiosos dando al niño el mismo encantamiento de una fábula animal. Así el árbol del pan, así las palmeras -que hacen tribu vegetal-, así la tagua ecuatoriana o el alerce chileno (...).

Ahora vendría el esclarecer lo que es un buen contar. (...) Dos o tres viejos de aldea me dieron el folclore de Elqui -mi región- y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folclóricas de mis cinco años y las demás que me han venido con mi pasión folclórica después, son las mejores para mí, son eso que llaman "la belleza pura" los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos. (...)

El contador ha de ser sencillo y hasta humilde si ha de repetir sin añadidura fábula maestra que no necesita adobo; deberá ser donoso, surcado de gracia en la palabra, espejeante de donaire, pues el niño es





más sensible que Goethe o que Ronsard a la gracia; deberá reducirlo todo a imágenes, cuando describe, además de contar, y también cuando solo cuenta, dejando sin auxilio de estampa solo aquello que no puede transmutarse en ella; deberá renunciar a lo extenso, que en la narración es más gozo de adulto que de niño; deberá desgajar en el racimo de fábulas que se ha ido formando las de relación caliente con su medio: fruta, árbol, bestia o paisaje cotidianos; procurará que su cara y su gesto le ayuden fraternalmente el relato bello, porque el niño gusta de ver conmovido y muy vivo el rostro del que cuenta. (...)

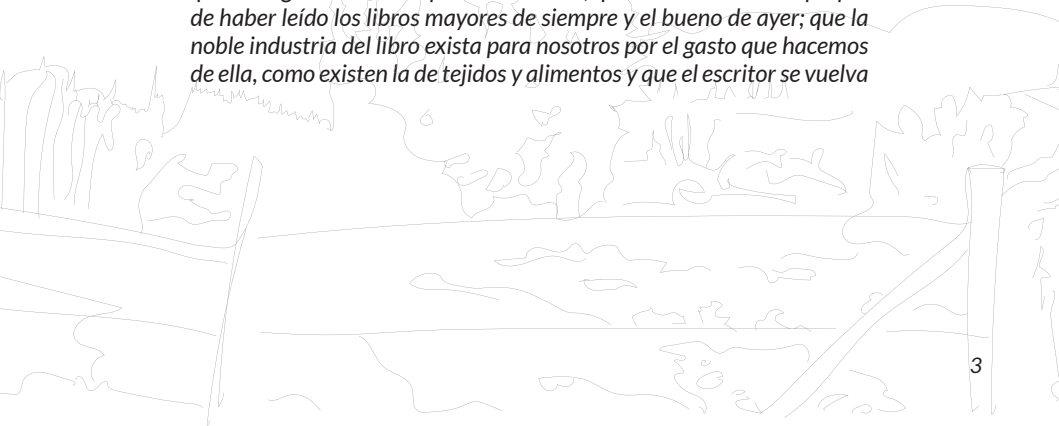
Si yo fuese Directora de Normal, una cátedra de folklore general y regional abriría en la escuela. Además, -insisto-, no daría título de maestro a quien no contase con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación.

Abril de 1929

PASIÓN DE LEER

La primera lectura de los niños sea aquella que se aproxima lo más posible al relato oral, del que viene saliendo, es decir, a los cuentos de viejas y los sucedidos locales. Folclore, mucho folclore, todo el que se pueda, que será el que se quiera. (...)

Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amo; que el libro, al igual de una cara, llame en la vitrina y haga volverse y plantarse delante en un hechizo real; que se haga el leer un ímpetu casi carnal; que se sienta el amor propio de haber leído los libros mayores de siempre y el bueno de ayer; que la noble industria del libro exista para nosotros por el gasto que hacemos de ella, como existen la de tejidos y alimentos y que el escritor se vuelva



criatura presente en la vida de todos, a lo menos tanto como el político o industrial. (...)

Pasión preciosa de fojear del mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimiento o acción; arriba a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores, diferentes del propio. Y pasión del idioma, hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros.

1935

DIVULGACIÓN DE PRINCIPIOS DE LAS ESCUELAS NUEVAS: LA ESCUELA Y EL HÁBITO DE LEER

La escuela debería preocuparse de dar el santo apetito de la cultura; pretender dar una cultura es vanidad. Si dejase las facultades frescas y si hincase en el niño la curiosidad del mundo, le serían perdonados los huecos, a veces abismales, que olvida. Pero la escuela, la de hoy, entrega almas sin frescura, agobiadas por un cansancio inútil.

Quiere anticipar en el niño el interés intelectual, dándole ideas, antes que sensaciones y sentimientos. Le hace, en la gramática, el hastío de la lengua; en la geografía, le diseña la Tierra; en las ciencias naturales, clasifica antes de entregar la alegría de lo vivo; en historia, en vez de cultivar la crítica, forma los dogmas históricos, los muy burdos dogmas históricos.

1925

BIBLIOTECA Y ESCUELA

Selección

El pueblo americano que nos hospeda, a poco de nacer, entendió que Biblioteca y Escuela son sinónimos, y además que el cuerpo de la cultura no puede trabajar como un manco, solo a base de la última. Los Estados Unidos nacieron leyendo, se han acrecentado dentro de esta pasión y siguen perfilándose por medio de ella. Ellos trabajaron sobre el capítulo librero con un criterio de abastecimiento en grande, de inundación de géneros, lo mismo que hacen con su mercado de alimentos. (...)

Digo, pues, que la mayor parte de la América latina acometió la empresa bibliotecaria dentro de una manera que llamaríamos suntuaria, o aristocrática, o mejor, urbanista. Se buscó servir a las ciudades en cuanto a núcleos vitales del país. (...)

Las ciudades pequeñas, y no digamos las aldeas nuestras, o bien poseen bibliotecas paupérrimas o viven rasas de libros, ayunas de esta alegría que es parte del disfrute mismo de vivir; ellas quedaron al margen de la honra de leer, la cual corre pareja con la de ser hombre y no zoología rasa. (...)

Apostolado del bibliotecario

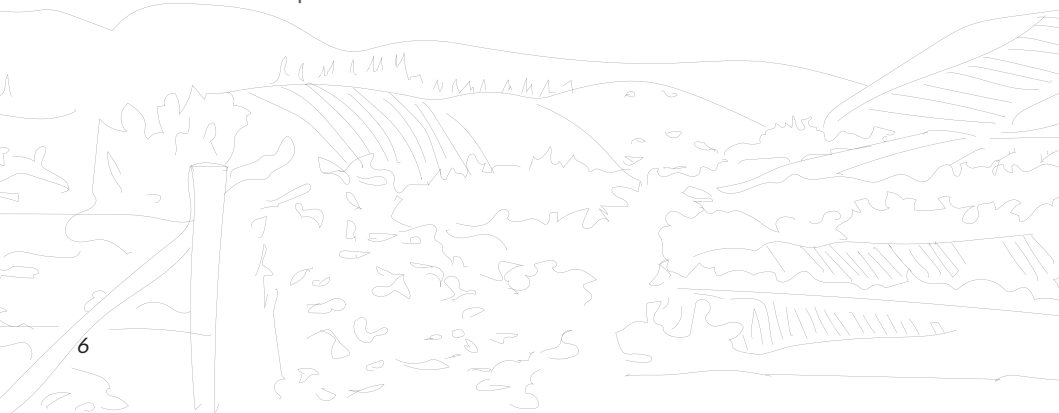
(...) Un apostolado del libro popular es cosa que pudiera incitar, pues resulta bastante más intenso y fértil que el oficio pedagógico. Explicar libros convidando a leer me pareció siempre una fiesta, y en mí fue hasta una euforia...

La curiosa clientela diurna o nocturna de las pequeñas bibliotecas es más avisada que la infantil por más vivida, y se vuelve, a poco andar, ambiciosa de logros mayores, ávida, incansable. (...)

Para este apostolado, como para los demás de nuestro tiempo, se necesita técnica, anchura de espíritu, paciencia, pero a la vez fervor y un abstencionismo radical de aquel espíritu de partido de “maña” y de secta que pone a arder toda morada o la envenena de alto a bajo. El bibliotecario propagandista para en una calamidad. No hay nada más fácil que amontonar libros: eso no cuesta más que enfilar ladrillos, y hay gentes que ordenan sus volúmenes para la eternidad con cierto regusto faraónico de no moverlos nunca... Son algo así como decoradores de muros o compadres de la muerte; realmente matan cada obra cuando la enclavan en sus anaqueles.

Gracias a Dios existen también los bibliotecarios jóvenes, o los viejos sin edad, y estos manejan el santo depósito lo mismo que si fueran las represas del valle de Tennessee. Saben muy bien que el libro se hizo para circular, ambular, trotar y “perderse ganándose”, como quería el maestro Vasconcelos, quien daba por bien aprovechados los libros que no vuelven a las bibliotecas madres... Guardianes vivos de muros vivos, estas gentes valen un tesoro: husmean el temperamento tanto como los intereses del cliente tímido y salen al encuentro de ellos; son una especie de orden dominicana de predicadores que viven batiendo la modorra del ambiente provincial y enleudando con levadura verbal al convivio de lectores-audidores. Mal pagados en muchas partes, ellos se sienten confortados por el espíritu mismo de misión, que es una dínamo ardiendo. Estos pobrecillos son quienes deciden de muchas vocaciones y a veces llegan a crear una vida nueva en las ciudades de media muerte.

Me los he visto en muchas partes, y supe que eran, al margen de toda gloria, los autores sigilosos del futuro y que manejaban las esencias de su raza más y mejor que los actores de alto coturno llamados “políticos”...



MAESTROS Y BIBLIOTECARIOS

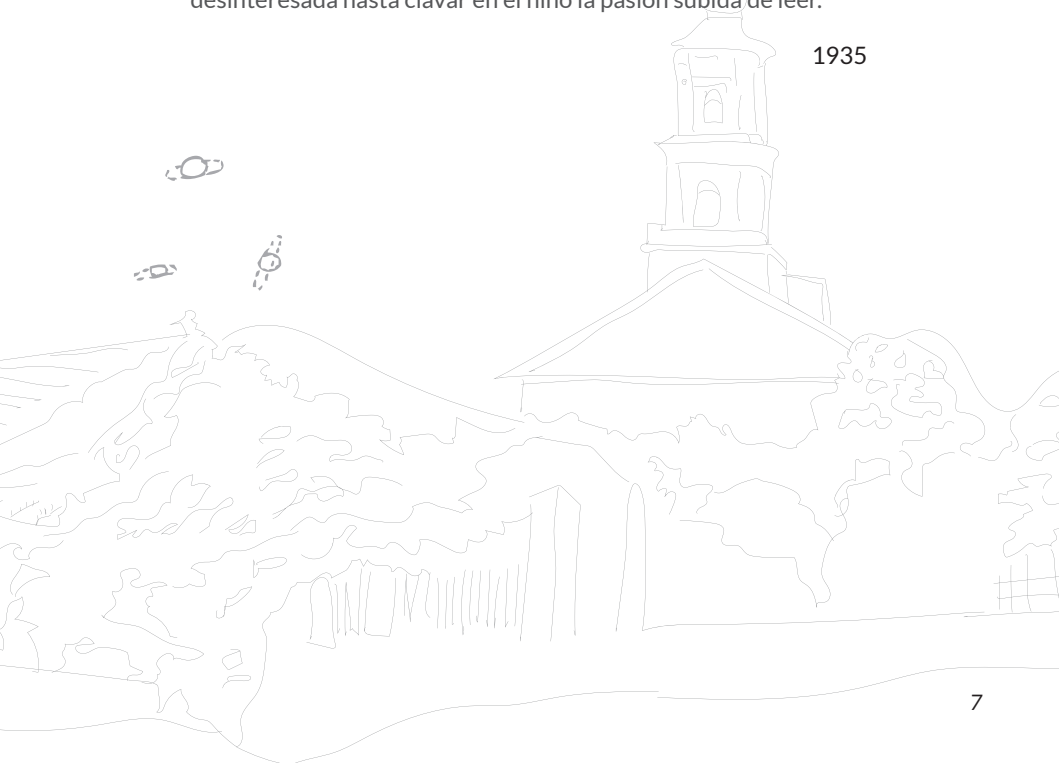
Hay que decir algo de estos dos oficios, amellizados en las ciudades pequeñas por razones de economía.

Parecen de tan relacionados que se hallan, que pueden hacer conjunción natural; pero no siempre la alianza resulta tan excelente como creemos.

El bibliotecario profesional acepta más fácilmente el concepto de que la lectura del niño entre los siete y los doce años va desde una recreación educativa a una recreación lisa y llana. El bibliotecario-maestro ve casi siempre en la lectura libre de sus chicos otra manera de clase, en la cual él ha cedido la disertación a su colega el libro, al que busca todo lo seriote y sabihondo que se pueda... Prefiero el bibliotecario profesional, aunque lo sé una pieza de lujo en nuestros países pobres y desprovistos aun de los fondos necesarios para hacer la dislocación de los oficios soldados.

Cuesta mucho arrancar a los maestros de su celo vicioso por instruir en cada hora -hasta en el sueño lo quisieran...- y llevarlos a la flexibilidad sonriente de hacer leer por ir dando una lectura desinteresada hasta clavar en el niño la pasión subida de leer.

1935



LAS BIBLIOTECAS DE BARRIOS

Necesitamos en cada barrio obrero, en cada parque y plaza, el quiosco de libros, para los niños, los enfermos que toman el sol, y los vagabundos. Próximo a la fábrica, invitando a los obreros a leer en la media hora de espera, que suelen ocupar en diálogos obscenos. En las estaciones, donde siempre se espera un tren de itinerario fantástico más de media hora...

Al lado de los libros, las revistas, las de deportes y las de información gráfica.

Debió empezarse por esto hace cincuenta años; pero somos los países que hacen el capitel antes de la columna y el salón antes del comedor, y por vanidad hemos invertido el orden en cada servicio, en cada actividad. (...)

Sala amplia, amoblado sencillo, unos cuantos retratos de los que pueden llamarse nuestros clásicos; un conjunto de "obras maestras sencillas". No hay que asustarse de que estos dos adjetivos vayan juntos. Sencillas son casi todas las grandes obras: son límpidos Plutarco y Tolstoi; llena de naturalidad augusta La Biblia; claros, Reclus y Balzac, Fabre y Tagore; democráticos, Shakespeare y Romain Rolland; (...)

Una buena colección de libros de viaje ilustrados, a fin de dar a los humildes, a la vez que la fiesta de la lámina, ayuda para la imaginación pesada que es la chilena. Biografías sin erudición (esas que parecen un coloquio) de nuestros héroes y de los ajenos, pues el género plutarquiano sigue siendo el primero para educar hombres y consolar a las almas solas. Obras nacionales, que divulguen la cultura chilena, tan poco popular, casi terreno de especialismo entre nosotros. Forma parte de la educación cívica el conocimiento de la literatura nacional, y esta verdad, que cae dentro de las de Perogrullo, la han olvidado los maestros. Demasiado han hecho ya por los héroes marciales, cuyo elogio el niño escucha desde los siete a los veinte años, en biografías sin espíritu, que acaban por empalagarlo. ¡Están olvidados nuestro Jotabeche, nuestro De la Barra, nuestro Pérez Rosales, hasta Vicuña Mackenna!





Educación Pública

Un Derecho, Un Orgullo.

